



# LA IZQUIERDA EUROPEA AL INICIO DEL SIGLO XXI

*Joan MARCET*

**P**ara tratar una cuestión tan amplia como «La izquierda europea al inicio del siglo XXI», es seguramente conveniente analizar, en primer lugar, la situación de los partidos políticos de izquierda a finales del siglo XX. A continuación, habrá que ver cuál es la perspectiva que la izquierda o las izquierdas, como queramos decirlo, tienen o perciben en este final del siglo, para pasar después a analizar los modelos de partidos que se han ido estructurando y que previsiblemente acabarán el siglo e iniciarán el nuevo con esta orientación. Para concluir esbozaremos las perspectivas del socialismo europeo que, como veremos, es el modelo que se vislumbra con más potencia y fuerza.

## **La situación de los partidos a finales del siglo XX**

Nadie duda hoy de que los partidos políticos a finales del siglo XX son unas estructuras, unas organizaciones, que internamente tienen aún, o sobre todo, deficiencias democráticas que no han sido capaces de superar en su evolución a lo largo de los cien o cincuenta años de vida que algunos de ellos tienen. Si a esto unimos

una escasa predisposición a organizarse por parte de los ciudadanos y, en general, un cierto fenómeno de saturación de los partidos políticos, tendremos el panorama de lo que se ha denominado — después entraremos con más detalle— una cierta decadencia del modelo de partido político o, si se prefiere, una cierta crisis de lo que han sido tradicionalmente las funciones de los partidos políticos.

Los partidos políticos han tenido a lo largo de su historia diversas funciones que podemos resumir, como ha hecho uno de los más importantes estudiosos sobre la evolución de los partidos políticos, Klaus von Beyme, en cuatro grandes funciones. Hoy podríamos considerar que están superadas o que se cumplen de manera diferente, que algunas aún juegan un papel importante y otras en cambio han ido perdiendo fuerza.

La primera función sería la búsqueda de objetivos a través de la ideología y del programa de cada uno de los partidos. Esta es una función que se ha ido perdiendo en la medida en que han aparecido cada vez con más fuerza los medios de comunicación, que han asumido en buena parte el relevo de lo que era la tarea educativa, la tarea socializadora que realizaban los partidos políticos. Hoy ya no es necesario afiliarse a un partido político para saber qué piensa dicho partido, hacia donde se orienta, o qué es lo que plantea, como lo fue en el momento de su nacimiento y de su estructuración, y también en buena parte de este siglo XX. Hoy, a través de los medios de comunicación, sabemos perfectamente o podemos saber perfectamente qué objetivos plantea, qué programa y qué ideología tiene. Hasta los elementos ideológicos de los programas se han hecho cada vez más operativos. Por lo tanto, esta es una función que en los partidos políticos ha dejado de tener la importancia que anteriormente tenía.

La segunda gran función que señala von Beyme es la función de articulación y agregación de los intereses sociales. Hasta cierto punto se ha producido también una progresiva difuminación de los vínculos que existían entre los partidos y sus bases sociales. Estos, que se establecían tradicionalmente entre las bases sociales de un partido y la estructura del mismo, se han ido desdibujando. Las campañas electorales se vuelven cada vez más genéricas y, sobre todo, más competitivas, en el más estricto sentido de la palabra competitividad.

La tercera gran función sería la de movilización y socialización de los ciudadanos en el sistema político, sobre todo en periodos electorales. Esta función de integración, de socialización del conjunto de los ciudadanos, también se cumple con menor eficacia desde el momento en que se ha producido un descenso de los niveles organizati-

vos y desde el momento en que se ha ido produciendo —y esto es un fenómeno más reciente, que tiene su mayor auge posiblemente en los últimos quince o veinte años— un cierto desplazamiento del compromiso político hacia otras esferas y hacia otras formas de encuadramiento social y político. Deberíamos decir, también, que gran parte de este desplazamiento hacia nuevos grupos —por ejemplo toda la eclosión de los Verdes en Alemania o en otros países de Europa central—, que muchas de estas nuevas formas con el tiempo se convierten o se acaban organizando como partidos políticos y, por tanto, aquello que eran movimientos diversos, grupos nuevos, orientaciones organizativas diferentes, acaban convirtiéndose en nuevos partidos políticos.

Por último estaría la función del reclutamiento de élites políticas y la formación de gobiernos. Sin duda, esta continúa siendo una de las funciones que más se cumple aún en la práctica y, tal vez, de manera más exclusiva por parte de los partidos. Recientemente se ha producido la experiencia en Italia de que organizaciones que no tenían el carácter de partido político, como la organización de Berlusconi, Forza Italia, o como la Liga Norte —que en su origen no es un partido político en el sentido clásico del término, a pesar de su evolución posterior hacia formas orgánicas como partido—, han producido una élite política, así como formado un gobierno sin necesidad de tener detrás un partido. A pesar de todo, aún continúa siendo la función primordial de un partido político la creación y el reclutamiento de élites políticas y la formación de gobiernos.

Pero creo que hoy los partidos políticos no ejercen solamente estas funciones, sino también muchas otras, y hasta hay una tendencia a exigirles muchas más cosas. Los partidos políticos modernos han de tomar posición sobre todo tipo de problemas. Desde este punto de vista, a pesar de haber cambiado y de que muchas de las funciones más importantes que tradicionalmente han tenido los partidos políticos han variado en la forma de llevarse a cabo, —o bien se ha difuminado o en gran medida se ha perdido esta función—, no se puede hablar del fin del modelo de partido político como instrumento de organización y de participación política.

Algunos teóricos, como Claus Offe, uno de los que más ha escrito recientemente sobre el tema, ven la democracia de partidos como una lucha con dos frentes. Por una parte, contra los nuevos movimientos sociales y, por otra, contra las tendencias neocorporativas de mediación de intereses. Los partidos políticos han de luchar contra estas dos orientaciones, pero no parece que esta lucha comporte la desaparición de los mismos como modelo, al menos de momento. Otra cosa es que no sea necesaria su reforma, su renovación, su cambio de orientación.

Hoy, sin duda, estamos en el inicio de una nueva era de política de masas, sobre todo en Europa y pensando en Europa. Una era en la que las tradicionales divisiones —eso que los politólogos llaman «*cleavages*»— ya no están tan congeladas, y las divisiones sociales tradicionales también van perdiendo relevancia política. Esto desdibuja los contornos políticos y pone en crisis a los partidos políticos tal como existen en la actualidad; no el modelo de partido político, sino los partidos políticos tal y como son hoy.

En un estudio reciente publicado en Italia, de un politólogo alemán, Peter Mair, sobre la transformación del partido de masas en Europa, se analizan los factores principales de transformación y cambio de los partidos de masas, modelo de los grandes partidos de izquierda, en contraposición con los partidos de élites, los partidos de cuadros, modelo de los partidos conservadores. Y señala Mair que algunas de estas transformaciones y cambios se refieren al desarrollo organizativo e institucional de los mismos.

Ha habido, sin duda, un cambio en la forma de financiación de los partidos políticos. Hoy en día, prácticamente en toda Europa la subvención estatal es más importante que la financiación propia. Es la fuente principal de financiación en comparación con lo que serían las aportaciones de los militantes. La fuente principal de financiación de los partidos es la subvención que viene de los organismos públicos del Estado.

También el impacto de las nuevas tecnologías y el cambio de los medios de comunicación ha incidido en esta transformación, en su desarrollo organizativo. Hoy, los dirigentes de los partidos tienen la posibilidad de dirigirse a los electores sin necesidad de estructuras organizativas, tienen vías directas de acceso y, sobre todo, disponen de las nuevas técnicas de *márketing*, que también han entrado en la vida política con mucha fuerza y que permiten prescindir del contacto directo con la militancia y con el electorado.

Asimismo, apunta Peter Mair, hay algunos factores de transformación producidos por el impacto del cambio social sobre la propia organización. Sin duda, el desarrollo de un electorado más competente, mejor informado del que había hace treinta, cuarenta o cincuenta años, el crecimiento del individualismo y la atomización de la sociedad moderna, han influido en el sentido de la *solidaridad colectiva*, que era el prerrequisito, por no decir el requisito básico, para tener un partido de masas tradicional.

A pesar de todo ello, resulta evidente que los partidos tienen aún un papel fundamental en el fortalecimiento de la voluntad colectiva. Se oye mucho que los partidos se han quedado anticuados, pero de momento no ha surgido nada para sustituirlos, y la nueva articula-

ción que se establece entre partidos, electorado, opinión pública y sindicatos proporciona al político, a la persona que se quiere dedicar a la política, nuevas capacidades de iniciativa y de acción.

### **La percepción de las transformaciones políticas desde la izquierda**

Vista la situación de los partidos en general, y en concreto de los partidos de masas a finales del siglo XX, podemos analizar cómo se pueden percibir de manera general las transformaciones que se están produciendo, y cómo se perciben desde la izquierda.

Todas estas transformaciones, en lo que se refiere a la estructura y a la organización de los partidos, operan sobre una cierta crisis real de la cultura de izquierdas que revela las debilidades de la izquierda, sobre todo o de manera muy especial en Europa. Revela una cierta incapacidad para hacer frente a la nueva situación que se crea con los aludes migratorios provenientes del Sur, no del sur de Europa sino del sur del Sur de Europa, y del Este, en este caso sí del este europeo. También se detecta una dificultad de ubicación de la izquierda en general ante el desarrollo y auge sin precedentes de la economía de mercado, y una dificultad para sobreponerse al terremoto que supuso la caída y desaparición de los regímenes comunistas. Parecía que se hacía cierta la tesis de Francis Fukuyama sobre el triunfo espectacular e irreversible del capitalismo liberal en el terreno internacional. Era la tesis del final de la historia, la tesis que decía que el capitalismo liberal había luchado a lo largo de la historia, enfrentándose con dos grandes adversarios: el fascismo y el comunismo. Al fascismo lo había vencido en la Segunda Guerra Mundial, al comunismo lo vencía a través de la caída de todo el sistema comunista en el año 89.

Sin duda, contaba esta tesis para su difusión con todo el impulso mediático, con la hegemonía comunicacional de los medios que este capitalismo liberal tenía. Pero hemos visto, inmediatamente después de entrar en los años noventa, que la izquierda no sólo existe, sino que la alternativa y la tensión entre derecha e izquierda —está «díada» que analiza Bobbio en su reciente libro *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*— entre progreso y conservación, es constitutiva aún de la vida de los sistemas democráticos en general. Como explica Bobbio en el libro citado, la disolución de los regímenes comunistas ha producido que grupos y movimientos que se proclamaban de izquierdas se preguntaran si existía la izquierda. Y todos recordamos claramente cómo en estos primeros años noventa proliferaron los debates y los congresos sobre la crisis de la izquierda, las dudas de la izquierda y sobre la izquierda, la izquierda con dificultades, la izquierda agónica —todos los títulos imaginables para plantearse qué pasaba con esta izquierda. Pero sin duda la crisis del sistema

soviético ha tenido como consecuencia no el final de la izquierda, sino el final de una izquierda históricamente bien delimitada en el tiempo. La existencia histórica y actual de diversas izquierdas es evidente y, en consecuencia, la existencia de diversos modelos posibles o partidarios de la izquierda.

Pero antes de abordar esta cuestión de los diversos modelos de partidos de izquierda que podemos ver hoy en día, deberíamos hacer algunas consideraciones sobre la pervivencia y la necesaria renovación de la tradición política y cultural que se identifica con la izquierda. Hay unos conceptos, unas ideas, unos valores que tienen su origen en el siglo XVIII y que han perdurado hasta ahora, que han tenido el empuje de dos siglos: del siglo XIX y del siglo XX. Son unos valores que están muy interrelacionados y que todos conocemos: la libertad, la igualdad, la justicia, la solidaridad, los derechos de los ciudadanos. Se podrá poner el acento más en uno o en otro. Para volver a citar a Bobbio, recordemos que sitúa la igualdad como norte señalando que «la igualdad es la estrella polar que siempre desde la izquierda se mira, la igualdad es el punto de referencia», coincidiendo con la orientación que hace 150 años ya hizo Alexis de Tocqueville cuando dijo que «el impulso hacia la igualdad es cada vez más grande entre los hombres y es irresistible».

Actualmente, hay una coincidencia general de estas ideas, pero también de la necesidad de revisión de sus contenidos y de sus relaciones. Y a partir de aquí, la incorporación de nuevas ideas a partir de la revisión y actualización de las mismas. Porque sin la revisión del tronco central muchas de estas nuevas ideas, como el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, sólo conseguirán ser simples ornamentos. Si no los relacionamos desde una visión de izquierdas con este tronco central, con los contenidos renovados de estas ideas centrales, no tiene sentido la incorporación de nuevos retos. El resumen de estos valores, al que se pueden añadir las nuevas ideas, es el concepto global de democracia, que incluiría todos y cada uno de estos valores e ideas de la tradición política de izquierdas en la medida que se ha superado la contraposición entre forma y contenido de la democracia. Aquella vieja contraposición que desde una determinada óptica de la izquierda se hacía entre la democracia formal y la democracia real, hoy en día se ha superado. Y se ha asentado también la convicción de que la democracia no es simplemente un método sino que incorpora valores fundamentales como la igualdad o la autonomía personal. Por ahora y en gran medida, la gran conquista ideológica y política del siglo XX que se proyecta sobre el siglo XXI es la afirmación y el desarrollo de la democracia que, partiendo de Europa, tiende a universalizarse y ha tirado los muros que cerraban su extensión al mundo soviético, a la Europa del Este. El mismo von Beyme que citábamos antes en un estudio muy reciente habla de la europeización de Europa oriental, y lo hace en términos de la penetración necesaria de la democracia hacia la Eu-

ropa oriental, no solamente de una introducción del mercado en estos países. Es decir, que a estos países no solamente les hace falta el mercado sino que sobre todo les hace falta más democracia.

### **Los dos modelos de partido de la izquierda europea**

Podemos ahora entrar a analizar lo que creo son los dos grandes modelos de partido de la izquierda europea actual. Para hacer esto debemos ver cuál ha sido la evolución —a partir de esta situación que hemos intentado dibujar y que situaríamos ya a comienzos de la década de los noventa— de los partidos comunistas, y cuál ha sido la evolución o el modelo de los partidos socialistas. Porque considero que continúan existiendo dos grandes modelos de partido en la izquierda europea: el modelo de los partidos comunistas y el modelo que podríamos resumir en el Partido de los Socialistas Europeos, como suma de los diversos partidos socialistas que hay en Europa.

La evolución de los partidos comunistas desde mi punto de vista ha tenido tres tipos de desarrollo: por una parte, hay partidos que se han mantenido invariables o, si se quiere, «impertérritos» ante los cambios y transformaciones de los últimos cinco o seis años. Es un conjunto de partidos que no ha movido prácticamente sus posiciones. Podríamos integrar en este grupo a tres partidos: el partido comunista francés, que continúa con su función tribunicia, genérica, aquella función que ya se analizó en los años sesenta y que hoy en los años noventa continúa cumpliendo; el partido comunista portugués, que sigue siendo un partido pro-soviético sin Unión Soviética; y uno de los partidos comunistas griegos, el partido comunista del exterior, que tradicionalmente también ha sido pro-soviético y que aún mantiene una orientación muy parecida. Son un grupo de partidos comunistas que se han mantenido invariablemente en la postura de no querer enterarse de lo que ha pasado en los últimos cinco o seis años en Europa. Podríamos añadir a estos tres partidos el pequeño grupo que se separó del partido comunista italiano cuando este hizo su evolución, su transformación, y que se agrupaba bajo el nombre de Refundación Comunista. Este pequeño grupo, que no siguió la orientación general, se situaría también dentro de la categoría de los que han ignorado los cambios producidos en Europa en los últimos años.

Un segundo desarrollo sería el de aquellos partidos comunistas en los cuales se han añadido a su crisis como partidos sus limitaciones internas, además de la crisis del comunismo internacional a la que hacíamos referencia. Son partidos que han promovido cambios de nombres, que han creado plataformas más amplias, pero que mantienen en buena parte su orientación tradicional. Aquí podríamos clasificar a dos partidos: por una parte, el otro partido griego comunista, el partido comunista del interior, que tiene una plataforma llamada Izquierda y

Progreso y a través de la cual se presenta política y electoralmente. El otro grupo importante sería el Partido Comunista de España, que ha creado Izquierda Unida, y si se quiere, por extensión, también el PSUC e Iniciativa per Catalunya.

El tercer tipo de experiencia es el caso único del partido comunista italiano, que ha tenido una transformación de orientación y de contenidos programáticos, y finalmente de nombre, pero que sobre todo ha transformado profundamente su orientación y contenidos programáticos, convirtiéndose en el partido democrático de la izquierda, en el Partito Democratico da la Sinistra.

Por lo tanto, tenemos un caso, el partido comunista italiano, que ha pasado del comunismo hacia la confluencia con la socialdemocracia, hasta incorporarse a la plataforma amplia de la socialdemocracia, que es el Partido de los Socialistas Europeos. El resto, —bien los que han mantenido invariables su nombre, signos de identidad, sus identidades profundas, o bien los que han creado plataformas y han intentado ampliar sus horizontes, pero manteniendo buena parte de sus orientaciones tradicionales— mantienen en líneas generales una orientación en el marxismo-leninismo, con más o menos dosis de fundamentalismo. Creo que en el caso que tenemos más cerca, el español, no hace falta insistir en el fundamentalismo de los que dirigen la organización. Han intentado ser el punto de referencia o de apoyo de todos los descontentos, el portavoz de todas las reivindicaciones y protestas, y hasta han sufrido una cierta difuminación en su orientación como partido político, debida precisamente a la creación de plataformas, en un caso, o al hecho de situarse más como movimiento que intenta aglutinar todas estas protestas, reivindicaciones y descontentos. Realmente, lo que mantienen como única constante histórica en la práctica es una confrontación radical con los socialistas. Esta constituye buena parte de su orientación. Recordemos que los socialistas, que eran tildados por los partidos comunistas tradicionales como reformistas, revisionistas, socialdemócratas y hasta socialtraidores, actualmente son acusados de poco reformistas, poco revisionistas, poco socialdemócratas.

Lo que se produce es una cierta autoafirmación a partir de la polémica y el antagonismo con los socialistas. Hace unos meses podíamos leer en algunos medios de comunicación las afirmaciones de la plataforma de candidatos de Izquierda Unida con vistas a las elecciones municipales y autonómicas de 1995, y el objetivo confesado era derrotar a los socialistas. Cuando ellos mismos se autoafirman a través de este objetivo parece que se puede coincidir analíticamente en que esta es su orientación más profunda.

Sin duda, por tanto, este grupo de partidos comunistas o de orientación similar constituye uno de los modelos de partido existentes en la izquierda europea. Se agrupan a nivel europeo dentro del Grupo Con-

federal de la Izquierda Unitaria Europea, que es el nombre que adoptan dentro del Parlamento europeo. El grupo GUE, que tenía 28 miembros, ahora tiene 30 tras la incorporación de los nuevos países desde comienzos de este año. El núcleo más importante es el español, con nueve miembros. Hay siete del partido comunista francés, cinco italianos, tres portugueses y dos de los dos grupos griegos, y actualmente uno finlandés y uno sueco. Quiero señalar, como elemento de contrapunto, que el único diputado europeo que no es de un partido del PSE pero tampoco es de ninguno de estos partidos de orientación comunista, es un diputado del Partido Socialista de Izquierda de Dinamarca. No forma parte del grupo de Izquierda Unitaria, sino que está incorporado en el grupo de los Verdes. Cuando dicen que son el grupo de la Izquierda Unitaria porque no son comunistas solamente, sino que tienen a Alonso Puerta —que es quien les sirve para demostrar que no son sólo comunistas— debemos recordar que todos los demás sí son miembros de partidos comunistas. Es un grupo cuyas actitudes más o menos ambiguas —dependiendo en parte de cada uno de los países— con respecto a la Unión Europea conocemos. Este es, uno de los modelos existentes en la izquierda europea.

El otro modelo, del que he hablado anteriormente, es el modelo que representaría el Partido de los Socialistas Europeos, con el doble polo de continuidad y renovación del socialismo. Es el otro modelo de partido existente en la izquierda europea, integrada por diversos partidos y nutrido por diversas experiencias. En el Parlamento europeo constituye el grupo del Partido de los Socialistas Europeos, que tenía 198 miembros y ahora tiene 221 después de las últimas incorporaciones. El partido que más diputados aporta es el partido laborista inglés con 62, y el partido que menos el partido laborista irlandés, que aporta uno. En el Parlamento están presentes partidos de todos los países de la Unión Europea, como potente grupo de 221 miembros en el marco de la política europea, a la cual haremos referencia al final.

Incorpora este modelo del Partido de los Socialistas Europeos partidos con tradiciones bien diferentes dentro de la orientación general del socialismo democrático. Podríamos hacer una primera clasificación de partidos socialistas a partir de las experiencias que han tenido a lo largo de su historia. Así, habría un primer grupo de partidos que serían los que tienen una amplia experiencia de gobierno, que arranca en la llamada «Edad de Oro» de la socialdemocracia, de 1945 a 1973, la época más esplendorosa de incremento, de auge de la orientación socialdemócrata, pero que también han mantenido en los años ochenta. Me refiero especialmente a los partidos de los países nórdicos, de Suecia, de Noruega, de Finlandia, de Dinamarca y al partido socialista austriaco. Sería, dentro de la Unión Europea, un grupo de partidos de amplia experiencia de gobierno que tienen como característica común la defensa y consolidación, en sus países, del Estado de bienestar.

Un segundo grupo sería el de los partidos que tiene una experiencia reciente de gobierno, que se ha incorporado a ella a finales de los setenta, o bien ya dentro de los ochenta. Serían básicamente los partidos socialistas del sur de Europa, los partidos de Portugal, de Francia, de España, de Grecia, que entre ellos no tienen demasiadas o casi ninguna característica común, ya que mientras algunos, como es el caso del PSOE, tienen una larga tradición histórica —aunque una buena parte se haya producido en la clandestinidad—, otros son de creación más reciente y sobre todo más artificiosa, como es el caso portugués o griego, o han tenido en su historia una trayectoria muy compleja, como es el caso de Francia desde la SFIO hasta el actual PS. Puede que no tengan demasiadas características históricas comunes, ya que las experiencias de cada uno de estos países son bastante diferentes. Puede que su punto de conexión sea la reciente experiencia de gobierno, con mayor o menor fortuna en cada uno de los casos, y los intentos de renovar sus mensajes, sus orientaciones, desde posiciones de gobierno. El mismo partido socialista francés, en la etapa Rocard, lo intentó desde posiciones de gobierno, y lo inició también el partido socialista español desde su experiencia de gobierno.

Un tercer grupo sería el de los partidos socialistas de los países con tradición de coaliciones de gobierno, aquellos partidos que han estado constantemente coaligados o ligados a otros partidos para gobernar, cuando lo han hecho, como es el caso de Holanda, de Bélgica, y de Luxemburgo.

Un cuarto grupo sería el de los partidos, de modelo y orientación bien diferenciadas, pero que tienen como característica común el haber estado en la oposición durante los últimos diez o doce años. Es el caso del Labour Party y el caso del SPD.

Y por último estaría el caso aparte y atípico de Italia, que necesita siempre una consideración singular, como hemos visto antes con el partido comunista. También es el caso de la historia socialista, donde la tradición socialista propiamente dicha está más en un proceso de extinción que no de plenitud, y ha sido sustituida, de hecho, por el modelo del Partido Democrático de la Izquierda, el modelo transformado del Partido Comunista, que intenta ya desde hace tiempo una asimilación, un vínculo con el socialismo alemán, con el SPD, y a partir de aquí comienza la evolución que ya hemos comentado.

Wolfgang Merkel, profesor en Heidelberg, propuso en un estudio publicado por el Instituto de Ciencias Políticas y Sociales de Barcelona cuatro tipos ideales de partidos socialistas a partir de unos criterios de clasificación que tienen en cuenta las relaciones entre partidos y sindicatos, la fragmentación de la izquierda en el país y la posición del partido socialista dentro de ésta, la ideología que ha ido transmitiendo a través de su práctica política, y la manera de estar en

el gobierno y ejercerlo. A partir de este conjunto de criterios elabora una tipología donde sitúa, en primer lugar, el tipo laborista, que es aquel donde el sindicato existe antes que el partido, el cual no tiene demasiada competencia o casi ninguna competencia en el ámbito de la izquierda y que ha actuado con un gran pragmatismo. Este es claramente el caso de los partidos laboristas de Gran Bretaña y de Irlanda.

Habla después Merkel del tipo pragmático y tendente a la coalición como segundo gran tipo. Es aquel tipo de partido que es anterior o simultáneo a la creación del sindicato, que tiene una cierta pero pequeña competencia dentro del ámbito de la izquierda; que actúa también con un gran pragmatismo socioliberal; y que muchas veces o prácticamente siempre ha necesitado coaliciones. Aquí clasifica a los partidos socialistas de Alemania, de Bélgica, de Finlandia, de Holanda, e incluso al de Suiza.

Un tercer tipo que define es el que denomina tipo defensor del Estado de bienestar, en el cual existe una gran relación y una gran igualdad entre partido y sindicato, en el que hay una competencia dentro de la izquierda pero el partido socialista es el núcleo dominante, y que normalmente ha gobernado en solitario. Es el caso del socialismo nórdico: Suecia, Noruega y Dinamarca, y el de Austria.

Y por último, aquel que Merkel denomina el tipo ambivalente, que es el tipo de partido socialista que tiene poca relación con los sindicatos, o bien porque nunca la ha habido, o bien porque se ha roto, es decir que ha tenido una relación difícil con el sindicato. Tiene también una fuerte competencia de otros grupos o de algún otro grupo dentro del ámbito de la izquierda; ha pasado del radicalismo al pragmatismo, de un cierto radicalismo formal a un pragmatismo en su práctica; y sobre todo, ha pasado de la oposición al gobierno. De este grupo formarían parte los partidos de los países del sur de Europa: España, Francia, Portugal y Grecia.

Estos serían, por tanto, de manera resumida, los dos grandes modelos de partido que tiene la izquierda europea. Como hemos visto, un modelo que aún está pensando en una estructura de izquierda muy anclada en la división que se produjo en los años veinte en Europa, y un modelo que a partir de experiencias diversas tiene una potencialidad de futuro.

### **La perspectiva del socialismo europeo en este cambio de siglo**

Debemos, para ello, partir de una premisa: en contraposición al modelo de los partidos comunistas o similares, los socialistas intentan mostrar una actitud abierta, de diálogo, de solución de contra-

dicciones y dificultades comunes de la izquierda, y no pretenden sustituir como ideología total y unificadora al comunismo. Sí se pretende una cierta globalidad de la visión sobre el presente y el futuro, pero no sustituir como ideología total y unificadora lo que ha significado el comunismo. Partir de esta premisa y partir también, como cuestión previa, de un deseo que expresaba ya hace algunos años Isidre Molas, en un artículo que escribió en el año 87 pero aún plenamente vigente. Decía: «El socialismo está abocado necesariamente a renovarse, tanto en programas como en actitudes. Debe asumir su fuerza utópica de reforma social en un nuevo contexto, como idea operativa de una política de gestión y de gobierno de la mayoría que haga de los países europeos una fuerza de progreso para el siglo XXI y de su modelo político y social un modelo válido para el futuro que puede que no sea perfecto, pero sí mejor que el pasado. Hace falta un socialismo posible para evitar que una retórica ritual del pasado acompañe a la simple gestión del presente, o que la simple gestión del presente se vuelva una retórica ritual». Creo que esta visión de Isidre Molas del año 87 puede desafortunadamente estar aún vigente, por lo que se debe hacer desde el socialismo democrático este esfuerzo en buena parte aún pendiente. Por ello creo que nos debemos referir al programa, al modelo organizativo y al proyecto europeo para analizar estos procesos de renovación.

Hablando en primer lugar del programa, en el tránsito del siglo XX al siglo XXI el socialismo democrático puede aportar, unos éxitos sin duda impresionantes en la construcción de los sistemas de seguridad social, en la democratización de la sociedad, en la apertura del acceso a la educación y a la cultura, en la promoción de la idea de colaboración internacional, además de ser impulsor de la paz y un adversario implacable de la dictadura. Estos se pueden mostrar como éxitos importantes, pero a la vez creo que debe hacer una redefinición y retomar, como había señalado anteriormente, los valores fundamentales del socialismo democrático. Debe hacerse una redefinición de la libertad. La libertad es el derecho a escoger y el rechazo a toda forma de dictadura. Es la superación de la indigencia, de la ignorancia, de la tutela, de la explotación, pero como bien han dicho recientemente los socialistas suecos, hace falta desarrollar la libertad social y la calidad de vida para que la libertad sea realmente libertad. Debemos redefinir también igualdad y justicia. Igualdad significa el valor idéntico de todos los seres humanos, la igualdad de oportunidades en la vida, el compromiso de una sociedad en la que las estructuras se orientan hacia el valor idéntico de todos los seres humanos, es la igualdad de los derechos de la mujer. Pero para poder hacer esto, falta una clara superación de la vieja contraposición entre cosa pública y cosa privada, entre Estado y mercado. Como ha señalado Aquille Occhetto, «el Estado no es toda la cosa pública imaginable, no es toda la “política”, como el

mercado no se reduce tampoco a la dimensión y la función de la cosa privada».

Falta, por tanto, una cierta renovación de estos conceptos, también del de justicia como repulsa a la discriminación, al favoritismo; y del de solidaridad como disposición a luchar por la justicia y la humanidad, renunciando a objetivos egoístas. Como dice uno de los dirigentes más jóvenes y a la vez más entusiastas que tiene el socialismo europeo actual, Tony Blair, el líder del partido laborista, «el socialismo implica la noción ética y subjetiva de que los individuos han de cumplir con el prójimo y con la sociedad; es el poder colectivo de la totalidad aplicada al bien individual. El socialismo, a diferencia de la derecha, no separa los intereses individuales de los intereses de la sociedad». Y por eso —dice Blair— no deben confundirse los medios con los fines, una sociedad más justa y una economía más productiva. Para hacer esto se debe acabar con el enfrentamiento entre sector público y sector privado. Estos dos sectores han de formar «un equilibrio que trabaje en colaboración».

Hemos buscado una definición de libertad, de igualdad y justicia, y ahora falta redefinir democracia. La democracia está basada en los principios de libertad e igualdad, pero necesita pluralismo, alternancia, derechos individuales, Estado de derecho. Democracia entendida como democratización integral de la sociedad, democracia como sistema abierto, como proceso de democratización integral del Estado y la sociedad. Occhetto habla de la «Nueva idea de Estado», del conjunto de cambios necesarios para refundar la ordenación democrática y el sistema político. Sin duda cuando dice esto piensa mucho en Italia, pero creo que en buena medida es aplicable a la mayoría o a todos los países, porque están presentes dos ideas: por una parte la renovación de todos los poderes encaminada a superar la separación que hay entre gobernantes y gobernados, y es aquí donde debemos analizar el papel de los partidos, el papel de los movimientos, de las asociaciones, del voluntariado, de todas estas formas colectivas de organización. Por otra, una crisis del Estado nacional que implica una potenciación de la democracia internacional y de la democracia local, es decir, de los poderes supranacionales y de los poderes locales como forma de superar lo que desde hace tiempo ha entrado en crisis, que es precisamente el Estado-nación.

Michel Rocard, uno de los líderes que ha intentado conducir también esta renovación, decía hace tiempo que hoy nuestra democracia se está transformando cada vez más en un sistema en el cual el pueblo existe y no deja que nadie opine por él, poniendo por delante la importancia de la opinión pública, el papel de los medios de comunicación y la necesidad de los partidos de adaptarse a esta nueva realidad. Rocard

preconizaba, en este sentido, la «militancia de inserción social», esta militancia que se inserta en la sociedad.

Democracia quiere decir también proporcionar un liderazgo democrático, que haga de la política un hecho importante, estimulante y accesible; la política, por tanto, como instrumento para cambiar el mundo. Porque en la medida en que se puedan llevar adelante, estos ideales de la democracia formarán este nuevo orden mundial o, como mínimo, este nuevo orden europeo. Lo decía Ingvar Carlsson, el dirigente del partido socialista sueco, cuando señalaba que Europa puede ser la gran fuerza progresista en el mundo de la política.

Esto en lo que se refiere al programa, la necesaria renovación de los contenidos del programa. En lo que se refiere a la organización, debemos considerar positivamente superado el aspecto centralista, burocrático y totalizador de la organización pero no la organización como tal. Hace falta una organización desburocratizada, descentralizada, racionalizada, articulada alrededor de una dirección competente y legitimada democráticamente, capaz de garantizar la guía unitaria del partido, de cada uno de los partidos, respecto a los problemas generales. Raimon Obiols decía recientemente que la renovación se debe fomentar con elementos políticos que se deben poner por delante de la intendencia y de la gestión del día a día. Pero también hace falta una renovación de las formas y los modelos de funcionamiento de los partidos socialistas que el mismo Obiols define como partido abierto, en contraposición con algunas tendencias a encerrarse en la burocracia.

En el ámbito político de los partidos europeos ha surgido recientemente aquello que un dirigente político italiano, Massimo Salvadori, llama «los nuevos caciques de la política». Aquellos que viven de sus alianzas con los centros de poder de diversa naturaleza, que ven como medios ideales de influencia la utilización de la prensa, los grupos de presión, que intentan establecer con sus bases no una relación organizada y colectiva sino una relación populista mediante las campañas de tipo más electoralista. Por tanto no se puede pasar, en el caso de los partidos socialistas, de lo que era un partido «cazalotodo» a lo que Panebianco, un estudioso de los partidos, define como el partido «profesional-electoral»; no se puede pasar del partido de masas, burocrático, al partido profesional electoral. Se debe recuperar de alguna manera una mayor capacidad de acción colectiva, una renovación, una recreación, una autorreforma de los instrumentos colectivos de esta acción y deben repensarse fórmulas organizativas que reviertan el máximo esfuerzo de la organización hacia el exterior, la posibilidad de una mayor fuerza de la organización hacia el exterior con el máximo equilibrio interno del poder orgánico y de autonomía interorganizativa que debe potenciar y no debilitar esta fuerza hacia el exterior. Este equilibrio interno del poder orgánico, esta autonomía interorganizativa, creo

que no debilitará en ningún momento esta mayor fuerza de la organización hacia el exterior.

Sin duda todo partido socialista, desde su propia historia y experiencia, deberá abrirse al máximo a la sociedad rompiendo la imagen de organización solamente para iniciados. Rocard proponía, lo decía anteriormente, que el partido socialista francés se transformara en un «partido de militancia de inserción social». En todo caso, lo que hace falta es una actitud de máxima apertura y diálogo y también, porque es la única forma de insertarse socialmente, una sectorialización del partido. Que la estructura social del partido sea uno de los instrumentos de penetración en la sociedad, y a la vez un instrumento de renovación interna.

Programa, organización y, por último, proyecto europeo. La tarea que se presenta a las fuerzas políticas de la izquierda no es nada fácil; es difícil, hay nuevos retos, nuevas dimensiones y tendencias que a nivel económico, social y político aparecen o se agrandan a partir de este umbral del siglo XXI que, por tanto, hace necesario afrontar todos estos nuevos retos, todas estas nuevas dificultades políticas en el marco europeo. Se abre al socialismo democrático, a través de Europa, una clara oportunidad para desarrollar un nuevo proyecto social. Los objetivos están definidos desde hace algún tiempo, desde hace un año, dos años, no demasiados: una Europa participativa, una Europa de justicia social, una Europa de responsabilidad económica, una Europa ecológica, una Europa de la formación y la cultura, una Europa de paz, seguridad y responsabilidad global. Estos son los objetivos del Partido de los Socialistas Europeos, una organización aún nueva que se creó en diciembre de 1992 en La Haya pero que muestra una gran potencia. Creo que, al margen de sus carencias organizativas, que son muchas, la gran virtud del Partido de los Socialistas Europeos es que ha conseguido unir esfuerzos, cerrar resistencias y unificar criterios y objetivos. Así que esta es la gran aportación que a finales de este siglo hace esta organización aún joven que acoge a todos los partidos socialistas de los países europeos, de la Unión Europea y de más allá.

Hace algunos meses se celebró en Barcelona el Segundo Congreso de este partido y se aprobó una declaración, la Declaración de Barcelona, que recoge claramente y precisa algunos de estos objetivos. Pone el acento y la prioridad en el empleo, en la idea de un nuevo contrato social como forma para crear empleo y pone el acento, a continuación, en la competitividad como instrumento para crear empleo, para crear un sistema productivo de altura. Sobre estas bases fomenta la defensa y la innovación necesaria del Estado de bienestar y del modelo de solidaridad, europeo en la renovación ecológica y una renovación de la democracia como dimensión moral: los conceptos de ciudadanía europea, de sociedad paritaria, de rechazo... Después, junto a esto, un li-

derazgo de Europa, un liderazgo del racismo y la xenofobia, y, finalmente, la Unión Europea situada como instrumento de paz y seguridad.

Creo que programa, organización y proyecto europeo son los elementos que tiene como perspectiva la izquierda europea y dentro de la izquierda, principalmente, aquella organización que es más potente, que tiene más fuerza, que ha sabido empezar a caminar en la vía de la renovación, de la transformación, para hacer posible este cambio.

---